

-: COSAS QUE FUERON :-

Al Dr. Fed. Henríquez y Carvajal. Hermano de Martí en el Ideal.

El mismo día (1º de Abril de 1895) se hizo a la mar, con la mano de valientes, salida de Monte Cristy, la expedición de José Martí y Máximo Gómez. Esta corrió diez días de angustias e impacencias de uno a otro cayo y de una a otra isla. Inminente fué el peligro.

Fed. Henríquez y Carvajal.

Sin duda, era inminente el peligro que corría "la mano de valientes" que se hizo a la mar, de Monte Cristy, el 1º de Abril de 1895, con el alma rumbo a Cuba. ¡Cuántos más de los que fueron no hubieran sido sus días de angustias e impacencias, si en vez de descubrir el paso inicial de la gloriosa jornada que emprendieron un amigo deseoso del triunfo de la causa libertadora, la casualidad lo hubiera revelado a un interesado en su perdición, a un español, por ejemplo!

Era Lunes Santo, lo recuerdo bien.

Yo dormitaba, quizás dormía, sentado en un banco destinado a los pasajeros, sobre cubierta, a bordo de un vapor costanero anclado en la bahía de Cabo Haitiano.

Llegué a bordo al atardecer. El vapor debía zarpar esa misma noche, en las primeras horas, según me informaron erradamente. Recorrí el barco de arriba abajo y de popa a proa, y estaba desierto; ni pasajeros ni tripulantes; en los alrededores, ni un barquichuelo. Allá a lo lejos, en el fondo de la bahía, brillaban las luces reglamentarias de una embarcación; era un vapor; yo lo advertí por la mañana cuando llegué al puerto.

Serían las ocho, cuando en el silencio de aquella noche oscura avivaron mis sentidos golpes acompasados de remos. Pensé que eran pasajeros, y me arrimé a la borda para verlos subir al vapor. Los golpes de remo se alejaban....

Súbitamente, vibró en mis oídos una voz clara, en lenguaje como de quien reanuda una conversación interrumpida, y eran las palabras tan sonoras que se podía asegurar que ningún cuidado atenuaba la viveza de la expresión del que hablaba. Diríase que eran paseantes despreocupados que disfrutaban de la calma, la tranquilidad y la frescura de la noche.

Pero esa voz me era conocida. Yo la había oído en Nueva York y, recientemente, en Santo Domingo, en el salón de conferencias de la sociedad "Amigos del País" una noche memorable en la que conmovió hasta las fibras más hondas del sentimiento. Era la voz de Martí.

La noche anterior me había embarcado en Monte Cristy en una lancha sin cubierta, cargada de cocos, los que me habían de servir de lecho, lecho procústeo, en la travesía de horas interminables, con tiempo borrascoso, a Cabo Hai-

un vapor que de ese puerto u otro de Haití me llevara a Nueva York.

Ese día, pasajero retrasado del "Saginaw", debido a amistosas atenciones de los amigos, en camino de la playa para proseguir viaje, lo que no pude hacer porque el vapor estaba en marcha cuando llegué al muelle, y me fué imposible alcanzarlo en el bote más velero del puerto, el Señor John Poloney, armador, me entregó un pliego, con mucha reserva, encargándome que lo pusiera en manos de Don Tomás Estrada Palma. Para mayor recomendación, me advirtió el amigo Poloney, conocido de viejo en Puerto Plata, que eran documentos relativos al fletamiento de una goleta suya en la que días antes habían salido para Cuba Martí y Máximo Gómez.

Esto explica cuán grande sería mi sorpresa al reconocer, por la voz, a Martí aquella noche, en la bahía de Cabo Haitiano, cuando para mí, él y sus compañeros estaban ya fuera del alcance de los esbirrios que pudieran frustrar sus propósitos, y también, posible fuera, ya en tierra, lejos del peligro de ser capturados por la vigilancia española en acecho de embarcaciones sospechosas en las costas de Cuba.

¿Y esa desprevenición que revelaba la voz de Martí, no indicaba que el peligro que corrían era mayor que el propio de una empresa que sólo por milagro podía tener buen éxito aun emprendida con las mayores precauciones?

¿Estaría yo soñando?

El día siguiente, ya navegando el vapor, descubrí entre la multitud de pasajeros que se habían embarcado mientras yo dormía, a un individuo que no era haitiano como los demás, sino dominicano, al parecer. Me acerqué a él, lo saludé y le pregunté si era dominicano, como yo presumía, y si seríamos compañeros de viaje hasta Puerto Príncipe.

No era dominicano, sino cubano, circunstancia que favorecía mi propósito de averiguar si yo había oído realmente la voz de Martí, o si había sido obra de la imaginación. El cubano vivía en Cabo Haitiano; era agente de una Compañía de Seguros y se dirigía a Puerto Príncipe en asuntos relacionados con su negocio. Era un cubano auténtico, patriota en el exilio hacía tiempo, y amigo de Don Manuel de J. de Peña y Reinoso a uno de cuyos hijos criaba como suyo propio.



mi secreto a este patriota cubano, sino le hablé de la guerra de Cuba, y la conversación recayó naturalmente sobre Máximo Gómez. Entonces recordó que la noche anterior, el hijo de Don Manuel de J. de Peña había visto en el Cabo a un individuo parecido a Máximo Gómez, una ilusión que se explicaba por el amor que el muchacho le tenía al héroe.

De esa misma manera disimulada averigüé que el vapor que yo había visto en el puerto estaba a la carga, y que era alemán u holandés.

Con estos datos no me quedó duda alguna de que los tripulantes del bote que pasaba eran Martí y sus compañeros que se dirigían al vapor cuyas luces brillaban débilmente, en alto, en el

fondo de la bahía. La voz era la de Martí: no era una ilusión que había forjado mi fantasía, dormitando o en sueño.

Y no andaba tan desprevinida y despreocupada, como yo temía, aquella mano de valientes; porque además de ir de cayo en cayo y de isla en isla para burlar a los enemigos, como lo hubiera hecho aquel esforzado guerrero de la áspera Itaca, fecundo en recursos, hábil en urdir engaños de toda especie como en dar prudentes consejos, se cuidaron hasta del fervor indiscreto de los mejores amigos de la noble causa que servían.

Emilio C. Joubert.

20 de Mayo de 1937.

EPISTOLARIO ACADEMICO

Dirección del Turismo.

Ciudad Trujillo,
Distrito de Santo Domingo, R. D.
Mayo 6 de 1937.

Al : Hon. Señor Secretario de Estado de Comercio, Industria y Trabajo.

Asunto : Traslado de las cenizas del Capitán Don Alonso de Ojeda a la Iglesia de San Francisco.

1.—Ya que las ruinas de la antigua Iglesia del Convento de San Francisco han sido reconstruidas e inauguradas, nosotros creemos que ningún lugar más propicio para trasladar las cenizas del intrépido Capitán Don Alonso de Ojeda a dichas ruinas, ya que el bizarro Descubridor de Tierra Firme quiso, como postrer deseo, que sus restos reposasen a la entrada del referido Convento PARA QUE TODO EL MUNDO LO PISARA AL ENTRAR.

2.—Trasladar del Ex-Convento Dominicó a las ruinas del Convento de San Francisco las cenizas de Don Alonso de Ojeda, o poner una lápida que consigne la leyenda que envolvía la vida aventurera de este altivo conquistador, en esas ruinas, es un deber histórico que debemos realizar.

Atentamente le saluda,

Opinio Alvarez Mainardi,
Director del Turismo.

Secretaría de Estado
de

Comercio, Industria y Trabajo.

Ciudad Trujillo, Dist. de S. D.,
18 de mayo de 1937.

Al : Señor Secretario de E. de Educación Pública y Bellas Artes,

Asunto : Traslado de las cenizas del Capitán Don Alonso de Ojeda a la Iglesia de San Francisco.

Anexo : Oficio No. 475, de mayo 6 del señor Director del Turismo.

1.—REFERIDO, con ruegos de darnos su autorizada opinión sobre este asunto.

Muy atentamente,

F. A. HERRERA,
Secretario de E. de Comercio,
Industria y Trabajo.

Secretaría de Estado
de

Educación Pública y Bellas Artes.

Ciudad Trujillo,
Distrito de Santo Domingo,
29 de mayo de 1937.

Al : Presidente de la Academia Dominicana de la Historia, Ciudad Trujillo.

Asunto : Traslado de las cenizas del Capitán

